

LINGUAGEM E TÉCNICA DESDE HEIDEGGER: EL PRESUPUESTO DE TRADUCIBILIDAD EXHAUSTIVA INTERLINGÜÍSTICA

Guillermo Moreno Tirado¹

RESUMEN: Este trabajo expone la conexión entre la concepción moderna o metafísica del lenguaje y la *esencia* del lenguaje desde la filosofía heideggeriana con la técnica mecanizada, ordinaria o instrumental y la *esencia* de la técnica moderna, es decir, la pertenencia entre ambos fenómenos (en el aspecto ordinario de ambos) y la exclusión o la puesta en *crisis* que uno genera en el otro y viceversa. Esta puesta en crisis se observará allí donde la *esencia* del lenguaje no puede ser interiorizada hasta sus últimas consecuencias por la *esencia* de la técnica y esa misma *esencia* del lenguaje hace quebrar y, por tanto, alumbrar la *esencia* de la técnica allí donde solo se observa tecnología. Para ello, pondremos en cuestión el presupuesto de traducibilidad exhaustiva interlingüística o de comunicabilidad sin resto inherente a la concepción moderna y metafísica del lenguaje.

PALABRAS-CLAVE: Lenguaje. Técnica Moderna. Traducibilidad Exhaustiva Interlingüística. Lingüística. Heidegger.

INTRODUCCIÓN

El trabajo que se presenta aquí pertenece a una investigación más amplia que tiene en su centro el fenómeno del lenguaje y que trata de continuar la estela de la filosofía de Heidegger y, por tanto, el modo como aparece formulado allí el problema. Por ello, el método que se sigue en este texto y en toda la investigación es el que toma pie en el trabajo de Heidegger y que puede formularse como *fenomenológico-hermenéutico* (RODRÍGUEZ, 1997). En este sentido, lo que la investigación general pretende es ganar el fenómeno del lenguaje, ganárselo, digamos, a la concepción moderna o metafísica que en general tenemos de él. Lo que se presenta aquí está en la línea de ese esfuerzo por ganar el fenómeno, de modo que se presupone una lectura amplia de la

¹ Pesquisador na Universidad Complutense de Madrid – Departamento de Filosofía Teorética, Madrid – Espanha.  <https://orcid.org/0000-0002-0818-9253> Email: guigom01@ucm.es

<https://doi.org/10.1590/0101-3173.2021.v44dossier.05.p75>



This is an open-access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution License.

filosofía de Heidegger y del problema del lenguaje en ella, tanto porque uno se apoya en ese recorrido como porque es con ello con lo que se discute.

A pesar de que no podremos recorrer por completo esa lectura de su filosofía y del problema del lenguaje², sí abordaremos un esbozo, al menos, de cómo interpretamos el problema del lenguaje y de qué conexión guarda con el asunto de la técnica moderna (BORGES-DUARTE, 1993, 2019, p. 147-185), pues este trabajo pretende valerse de la conexión que hay entre ambas zonas de la filosofía de Heidegger para mostrar, por un lado, la pertenencia del aspecto ordinario o corriente de ambos fenómenos: la técnica mecanizada o instrumentalmente comprendida y la concepción moderna o metafísica del lenguaje como una herramienta para el dominio incondicionado de lo ente; y, por otro lado, la “exclusión” o la puesta en *crisis* que ambos fenómenos comportan entre sí cuando se considera su *esencia*, su *fenomenalidad*, por así decir, originaria.

Siendo este nuestro problema³, lo que nos preguntamos es: ¿en qué sentido la *esencia* de la técnica moderna solamente es capaz de interiorizar el lenguaje en su aspecto ordinario, esto es, como una herramienta para la comunicación? En la medida en que el modo como ordinariamente aparece el lenguaje es *obliterando* su fenomenalidad (HEIDEGGER, 1976, p. 317-319), ¿en qué sentido la *esencia* del lenguaje, formulada desde Heidegger como “la casa del ser”, la morada en la cual habita el hombre, el *son del silencio* en el propio *hablar del lenguaje*, el *decir* de los poetas, etc., sin embargo, *revela* cuál es la *esencia* de la técnica moderna? Y, en tanto que el fenómeno del lenguaje pone en primer plano la diferencia entre la interpretación cotidiana de la técnica moderna y su *esencia*, ¿por qué esa *esencia* excluye la fenomenalidad del lenguaje?

La atención a estas preguntas y el objetivo propuesto nos dirige hacia uno de los presupuestos de la concepción moderna del lenguaje, el cual nos parece que tiene la fuerza suficiente como para alumbrar el problema y servirnos de hilo conductor de la discusión en los límites en los que la planteamos. Este es el que presupone que es posible una traducción exhaustiva interlingüística, es decir, que *a priori* se presupone que para cada secuencia relevante de una lengua puede encontrarse, en último término, una secuencia equivalente en cualquier otra lengua. Por otra parte, ya que todo intercambio de información

² Nos situamos en la estela, principalmente, de George Kovacs (2001, 2013, 2014, 2018).

³ Schüssler (2004 y 2006), por ejemplo, se ha ocupado de esta misma problemática; lo que aquí se presenta discute el planteamiento de esta autora, pues, como se verá, no interpretamos que hay “dos” lenguajes, sino una diferencia entre la representación inmediata que nos hacemos de él en función de nuestra concepción y su esencia fenomenológicamente descriptible.

puede plantearse en los términos de la traducción del *habla* de un hablante al *habla* de otro, este presupuesto se expresa, a su vez, como el presupuesto de que cabe, *a priori*, una comunicación sin resto, un intercambio de información en el cual no se perdiera nada de lo transmitido⁴.

Siendo este el itinerario aquí propuesto, empezaremos esbozando el trazado que justifica dirigirse a esos presupuestos desde la propia filosofía de Heidegger, es decir, desde el planteamiento que él mismo hace de esta concepción moderna o metafísica del lenguaje.

1 LOS PRESUPUESTOS DE LA CONCEPCIÓN MODERNA DEL LENGUAJE

Por de pronto, debemos notar que hay una formulación de la concepción moderna o metafísica del lenguaje en Heidegger de la cual se concluye que se produce una *obliteración* del fenómeno del lenguaje, esto es, que el lenguaje se presenta desde esa concepción como *decadente*. No obstante, debe notarse que no se trata de refutar la concepción, ni de ir contra ella, ni siquiera se trata de plantear una alternativa, sino, por un lado, de darse cuenta de que esa concepción es el irremediable punto de partida para nosotros, pues somos nosotros los que concebimos en nuestro trato cotidiano el lenguaje según las líneas de esa concepción y, por otro lado, de recorrerla, de estar dispuestos a reconocer que, de todas formas, es así como se nos presenta el lenguaje y es desde ahí desde donde debemos empezar el análisis (MORENO TIRADO, 2020, p. 278-310). Lo que se acaba de formular está, por ejemplo, enunciado en Heidegger del siguiente modo (1989, p. 21):

Lenguaje es: 1. una facultad, una actividad y una capacidad del hombre.

Es: 2. el funcionamiento de la herramienta del comunicado [o: la promulgación, *Verlautbarung*] y la audición [Gehörs].

Lenguaje es: 3. Expresión y comunicación de las emociones guiadas por el pensamiento al servicio de la comprensión.

Lenguaje es: 4. Una representación y presentación de lo real y lo irreal [*des Wirklichen und Unwirklichen*].

⁴ Para un estudio en el cual se pueda apreciar nítidamente este presupuesto y se asista a cómo aparecen ciertos problemas teóricos implicados en él desde la lingüística, véase el estudio de Georges Mounin (1963); para un estudio introductorio a la traducción, véase el estudio de Werner Koller (1979). Finalmente, para la interpretación del problema de la traducción en Heidegger, que aquí no se abordará explícitamente, véanse los estudios de Ivo De Gennaro (2000, 2004) y con Frank Schalow (2010), de Frank Schalow (2007), de Irene Borges-Duarte (2004), John Sallis (2001, 2002, 2004) y Parvis Emad (2012).

Y, en general, lo que quieren decir estas líneas –y el modo como se puede enunciar esa concepción– es que se toma el lenguaje como si fuera una herramienta a nuestra disposición para la transmisión de información al servicio del dominio de lo ente, de manera que el lenguaje queda como una mera cosa, un objeto o un ente más que dominar, un dispositivo para la administración de las existencias (*das Bestand*) y como una existencia (*Bestand*) más. De ello se sigue que dado que el lenguaje se presenta inmediatamente de este modo, su fenomenalidad queda *obliterada* por los presupuestos de esa presentación.

Esto quiere decir que, en general, uno no se pregunta por el fenómeno del lenguaje, por en qué consiste, sino que emprende un estudio de cómo tiene lugar esa comunicación, un estudio del manejo de esa herramienta, de su composición, etc., un estudio que, ciertamente, es científico (es decir, normativo) y que logra resultados relevantes para las posibilidades del cálculo de estrategias, pero que no alcanza en ningún caso el fenómeno en cuestión porque parte de esa misma *obliteración*. Esto, por sí mismo, no es algo negativo, sino un aspecto fenoménico de la concepción que, además, pone de manifiesto que la propia mostración y comprensión del fenómeno del lenguaje exige un análisis de esta concepción. Ella es, insisto, el punto de partida, lo cual quiere decir que hay que empezar, en general, considerando el lenguaje como un objeto, como una cosa, porque es así como inmediatamente se nos presenta.

Por de pronto, el lenguaje o lo lingüístico (aunque decirlo así sea adelantar ciertos pasos) se nos presenta como una esfera separada de lo ente, una esfera propia que se distingue, de antemano, de lo demás. Cuando decimos, como acabamos de hacer, que esta presentación es inmediata o que es el punto de partida, queremos decir, tanto que es lo obvio, lo siempre ya supuesto “del” lenguaje, como que, precisamente por ser lo obvio, es lo primero de lo que hay que ocuparse *fenomenológicamente* como aquello que más merece ser cuestionado.

Pues bien, lo primero que habría que hacer para comprender el fenómeno del lenguaje –fenómeno que Heidegger enuncia como “la casa del ser, en cuya morada habita el hombre” (HEIDEGGER, 1976, p. 313) y de cuya esencia nos dice que tiene lugar solamente en el hablar del mismo lenguaje como “son del silencio” (HEIDEGGER, 1985, p. 27), como entre de la diferencia entre esta cosa y aquella otra, y a cuyo hablar nosotros *respondemos* en tanto que a nuestro carácter de ser le pertenece el *discurso* (véase: HEIDEGGER, 1967, p.160-167)–, sería entender cómo tiene lugar esa *obliteración*, lo cual supone

analizar los fundamentos de esa concepción. Estos fundamentos son, sin duda, los de la metafísica moderna de la subjetividad, pero en lo que a la concepción misma refiere, ellos no pueden ser sino los presupuestos que sustentan esa concepción.

A la tarea de entender cómo tiene lugar esa *obliteración* le pertenecería analizar el discurso que pretende normatividad sobre el lenguaje, es decir, que tiene al lenguaje como su objeto mismo. Ese discurso es, en principio, la lingüística, y ella concibe el lenguaje de antemano al modo como queda formulado en la concepción moderna y metafísica del lenguaje, lo cual se expresa como la presunción de que eso, el lenguaje, es la herramienta, el útil, la “obra”, la “actividad”, etc., que “dice” “el mundo”, donde por “mundo” no se entiende aquí el *existencial* que formula Heidegger, sino, algo así como “lo real”, aquello con lo que me encuentro y que no es “eso” con lo que “digo” lo que me he encontrado, sino eso que me encuentro y que “digo” (véase: DERRIDA, 1967, p. 11-142).

Este binomio, que nos permite entender lo que antes adelantamos (que el lenguaje o lo lingüístico se nos presenta, de antemano, como una esfera propia y separada del resto), hunde sus raíces en las mismas raíces de la lingüística, de modo que los presupuestos de esta concepción son los mismos que los de la lingüística⁵. La lingüística, como ciencia del lenguaje, es el discurso normativo que se ocupa de esa herramienta, obra, actividad, etc., esto es, de su composición, de su evolución, de su aprendizaje y su aplicación, etc.

Antes de formular sus presupuestos, hay que continuar algo más la breve discusión a propósito del planteamiento del problema desde la filosofía de Heidegger. Dado que este es el punto de partida, su análisis es ya andar preguntándonos por la *esencia* del lenguaje o, al menos, debe ser estar preparándonos para ello. Y como no se trata de refutar el punto de partida, sino de no ignorarlo, de asumirlo, de comprenderlo o, como a veces formula Heidegger estos problemas, de hacer el camino o el peregrinaje de *vuelta a casa*, de *llegar a sentirnos como en casa*, de “aprender el *libre* uso de lo *propio*” (HEIDEGGER, 1984, p. 39-62), esto es, de ser capaces de soportar que no es origen primero ni último y que, por tanto, ello mismo, el origen, no lo hay (no es cosa alguna), o que el fundamento no es sino una ausencia de fundamento,

⁵ Nos vamos a limitar aquí, principalmente, a la ciencia o la actividad científica que se desarrolla durante el siglo XX y que tiene en el *Curso de lingüística general de Ferdinand de Saussure* (DE SAUSSURE, 2005) a uno de sus textos inaugurales, sin que esto prejuzgue sobre corriente o escuela alguna, ni tampoco sobre qué autores se consideran, pues sea como fuere, esta ciencia se desarrolla teniendo a este texto como una de sus fuentes de referencia, aunque sea para criticarlo completamente.

etc., todo ese análisis que incluye a la propia fundamentación de la lingüística como ciencia moderna nos permitirá comprender, de hecho, el fenómeno del lenguaje que, sin embargo, la concepción metafísica analizada *oblitera*. Esto quiere decir que si hacemos el esfuerzo fenomenológico hermenéutico de atravesar la lingüística cabe la posibilidad de que sus conceptos fundamentales, una vez *criticados* (*cribados, discernidos*), nos permitan comprender el fenómeno del lenguaje, ya que la *crítica* a esos conceptos, que implica la puesta en primer plano de sus presupuestos, comporta entender qué quiere decir que esa misma concepción *oblitere, devaste o desertice* el lenguaje.

Todo esto, insisto, es lo que no vamos a recorrer aquí, pero debe haber quedado dicho pues nos vamos a ocupar de la conexión que tiene uno de los presupuestos de esa concepción y, por tanto, de la lingüística como ciencia moderna con la técnica mecanizada y la *esencia* de la técnica moderna, lo cual presupone, en cierto modo, tener presente que ese recorrido está ahí, digamos, trazado y accesible al tránsito. El interés de poner sobre la mesa esa conexión es que ella permite entender en qué sentido los fundamentos metafísicos de nuestra concepción del lenguaje se expresan en el modo como nos relacionamos con él, pero que ello mismo no desmiente cuál es su *esencia* y qué *esencia* es la de la técnica moderna como el modo de formular en qué consiste, en general, nuestra situación histórica.

Sería, sin embargo, muy largo exponer detenidamente los presupuestos fundamentales de la lingüística, es decir, argumentar por qué se afirma aquí que son esos, de modo que nos limitaremos a formularlos y a detenernos en el que nos interesa siendo conscientes de que estamos poniendo entre paréntesis una discusión que, de todos modos, en algún momento habrá que afrontar.

La lingüística, en la medida en que se formula como una ciencia moderna y, por tanto, en la medida en que ella misma debe ser capaz de delimitar su ámbito de objetos y de ser capaz de desarrollar los métodos para conocer ese ámbito, esto es, de dar enunciados válidos acerca de él, presupone que ese ámbito es cognoscible en su totalidad, es decir, que en última instancia la delimitación y los métodos se ajustarán al propio objeto a ultranza. Esto no quiere decir que unos u otros lingüistas enuncien explícitamente (aunque algunos sí lo hacen como programa) la posibilidad de conocer esa totalidad, sino que ello mismo es exigencia inherente a la constitución de la lingüística como ciencia. Este presupuesto, que lo es por lo que acabamos de decir, puede enunciarse también diciendo que la lingüística prejuzga posible conocer (y, por tanto, enunciar) los elementos, su orden, su funcionamiento y las leyes de

su propia constitución (así como los casos que no se ajustan a esas leyes) del lenguaje en general, no meramente de una u otra *lingua* y de una u otra *habla*, sino del *lenguaje* entendido como el *singulare tantum* que es su objeto de estudio y que afecta universalmente a todas las *linguas* y *hablas*. A veces, este presupuesto aparece como programa de alguna corriente o escuela lingüística (HJEMSELV, 1971; CHOMSKY, 2015; TOMASELLO, 2008), pero ello solamente pone de manifiesto lo integrado o lo arraigado que está. Digamos que si la lingüística no aspirara a tal conocimiento, no podría constituirse como ciencia, ya que esa “aspiración” es, por así decir, la “prueba” de que su objeto de estudio es un *objeto* como tal, que ella misma es una *ciencia* (sobre esa pretensión de conocimiento total, cf. HIEDEGGER, 2002, p. 37-65).

Dado que la lingüística se constituye como una ciencia, ella misma entiende que sus resultados pueden aparecer en la forma de *juicios sintéticos*, esto es, en la forma de enunciados o proposiciones que pueden ser discriminados como válidos o no válidos. A consecuencia de que ella misma, como ciencia, tiene que funcionar de este modo, presupone que la “frase”, el “enunciado” del tipo que ella misma necesita para dar sus resultados y proceder en sus exposiciones y argumentaciones es el modelo obvio, el modelo no marcado de manifestación de su propio objeto de estudio, de modo que toda otra manifestación de ese objeto se estudia y se considera como un caso de apartamiento de este, como *caso marcado*.

Esto quiere decir que la lingüística presupone que el modelo básico, el punto cero, lo obvio del *hablar* de una *lingua* es la oración, que, por tanto, toda *lingua* se entiende a partir del modelo oracional como el modelo básico y, a consecuencia de ello, que las “palabras”, esto es, los grupos fonemáticos que conforman sintagmas mínimos, son las “unidades” que componen esas oraciones, las cuales componen, a su vez el discurso, esto es, el *habla* de una *lingua*, al tiempo que las entidades mínimas de análisis se presentan como los elementos de los que están compuestas las “palabras”: fonemas y sememas. Esto ocurre incluso a pesar de que sea al análisis de esas entidades mínimas a lo que muchos de los sistemas lingüísticos tienden.

Así, cuando un lingüista se enfrenta a una *lingua* que demuestra no ajustarse a este presupuesto, el lingüista formula esta *lingua* en el orden de un apartamiento del modelo. Por muy pulcro que este llegue a ser en su exposición, el modo como él mismo es capaz de esa pulcritud es presumiendo que lo que está exponiendo es sobre lo que cae el *onus probandi*—como ejemplo significativo puede verse el texto clásico de Sapir (1949)—. Por tanto, no se

trata de que los lingüistas insistan ideológicamente en hacer pasar todas las lenguas por un lecho de Procusto, sino que ese lecho es inherente a la propia exposición lingüística, es decir, no hay más remedio que proceder de ese modo y, por consiguiente, el modelo oracional no es la formulación del fundamento de una teoría lingüística, sino un *presupuesto* de esta ciencia.

Finalmente, dado que la lingüística necesita introducir la distinción, a la hora de enfrentar su objeto de estudio, entre la *lengua*, como el *sistema* o la *estructura* misma que ella en tanto que ciencia estudia y de la cual formula una *gramática*, y el *habla*, como realización de una *estructura lengua* concreta y como el material mismo de la observación y trabajo sobre la cual el lingüista es capaz de formular el *uso* y la *norma* (véase: COSERIU, 1962, p. 11-113), la lingüística construye esta distinción sabiendo que esa realización no es (en este o aquel caso) total, pero presuponiendo que sí puede serlo (o llegar a serlo en algún caso). Este aspecto de la ciencia es el que descubre el tercer presupuesto que ya enunciamos en la introducción y del que queremos ocuparnos. Este presupuesto parte, precisamente, de que se tiene que presuponer una suerte de isomorfismo entre la *lengua* y el *habla* de cada *lengua*, o sea, que se presupone que los individuos que *hablan* una *lengua* han sido siempre y en cada caso capaces de realizar la estructura.

El presupuesto no es la mera realización, sino que esta puede ser perfecta. Es inherente al estudio de una *lengua* presuponer que hay ese *isomorfismo* entre *estructura* y *realización*, a pesar de que al mismo tiempo todas las observaciones conduzcan a decir que la realización *observada* nunca ha alcanzado de modo perfecto y exacto a la estructura y que no se ha *observado* que la estructura llegue a realizarse por completo en ningún caso, a pesar de que no hay observación de la *estructura* sino en su *realización* y de que la *realización* sea la que “demuestre” que nos encontramos ante una *estructura* (véase: VILLAVERDE LÓPEZ, 2017).

De esta presuposición se sigue que cabe pasar todas las secuencias de una *lengua* a otra, en la medida en que el *habla* de cada una es, en cierto modo, un pasar de la *estructura* a su *realización*. Se presupone, por tanto, que siempre cabe *traducir exhaustivamente*, sin que se pierda nada. A su vez, de esta presuposición también se sigue que la comunicación, la trasmisión de información es posible sin resto, esto es, que cabe que la comprensión entre los hablantes se dé sin malentendidos, de nuevo, a pesar de que la experiencia pone de manifiesto el desajuste, tanto de la comunicación como de la traducción.

El presupuesto es este porque la propia ciencia no puede funcionar si se presupusiera lo contrario. Por mucho que lo que la lingüística se encuentre en cada caso de comunicación sean sobre todo problemas de malentendidos, estos problemas solo son observables como tales sobre la base de que, por así decir, “no debió haberlos”. Igualmente, a pesar de que los traductores suelen manifestar con toda honestidad el fracaso inherente a su tarea – especialmente aquellos que se enfrentan a lenguas muertas o a textos literarios (DO ESPÍRITO SANTO; BEATO; PIMENTEL, 2004, p. 189-191)–, esta manifestación es pertinente porque el presupuesto con el que, por así decir, el traductor ingenuo se acerca a su propia tarea (a pesar de que siguiera todas las advertencias y tuviese toda la pulcritud posible) es concibiendo que podría realizarse exhaustivamente, sin resto.

Pues bien, en lo que sigue solo nos vamos a fijar en el último presupuesto, pues es el que con más claridad nos va a permitir avanzar en los análisis que queremos proponer aquí.

2 TÉCNICA MECANIZADA, COMUNICACIÓN Y EL FENÓMENO DEL LENGUAJE

Antes de nada, hay que establecer la primera conexión entre la concepción moderna del lenguaje y lo que Heidegger llama la técnica mecanizada o instrumental que es el modo ordinario de comprender el problema de la técnica, esto es, la presencia creciente desde hace ya casi dos siglos de maquinaria de todo tipo –piénsese que ya Leopardi escribía (con acento jocoso) que el siglo XIX sería el siglo de las máquinas– y, en nuestros días, de los sistemas e infraestructuras de información y comunicación unido al fenómeno de las redes sociales. Heidegger sostiene que este es el aspecto ordinario del asunto porque lo que así se observa es simplemente una cuestión “óptica”, esto es, se observan cuestiones de mera constatación empírica, las cuales son ciertamente importantísimas cuando se trata de *calcular* y hacer previsiones, o de *conocer* estas o aquellas cosas, pero que no pueden decirnos mucho sobre en qué consiste eso mismo, es decir, qué interpretación de lo ente en general y qué interpretación de la verdad (HEIDEGGER, 1977, p. 75) late en esos comportamientos. Lo cual, por cierto, tampoco quiere decir que sean despreciables esas observaciones, se trata, simplemente, de que no son suficientes o que, siendo el punto de partida, debemos atravesarlas hasta llegar a su núcleo eidético.

Ahora bien, sí debemos observar de la comprensión ordinaria de la técnica la íntima conexión que tiene con la concepción moderna o metafísica del lenguaje y con el presupuesto de traducibilidad. Por de pronto, porque la comunicación, la trasmisión de información, tiene una presencia privilegiada entre los problemas que la técnica o las tecnologías vienen a intentar paliar o, dicho de otro modo, que el problema de la comunicación es, al mismo tiempo, un interés de los procesos técnicos (la comunicación debe ser lo suficientemente eficiente como para que el proceso se lleve a cabo) y un proceso técnico por sí mismo. Por consiguiente, el presupuesto de traducibilidad exhaustiva (interlingüística) no solo compete a la lingüística, sino que constituye un presupuesto de la “época de la técnica” que se expresa, por ejemplo, en el desarrollo de los ordenadores, tanto por lo que respecta al hardware como al software y, de este último, al desarrollo de los “lenguajes” de programación y el desarrollo de la IA en la implementación y “producción” autónoma de algoritmos.

Ahora bien, sabemos que Heidegger insiste en mostrar que la *esencia* de la técnica no tiene nada de técnica, es decir, que en nada se parece la fenomenalidad de la técnica moderna con la concepción ordinaria que se tiene de ella, esto es, con el tratamiento que la considera como la producción de instrumentos, la solución de problemas para el cálculo de estrategias, etc., y que, por tanto, las máquinas, los ordenadores, o el hecho de que una programación previa de algoritmos genere, con el tiempo, algoritmos nuevos, es simplemente expresión de ese fenómeno, pero no el fenómeno mismo, o sea, no la *fenomenalidad* de eso. Sin pretender enmendar nada del análisis heideggeriano en *La pregunta por la técnica*, podemos decir que, dada la intensa conexión que hay entre la concepción moderna o metafísica del lenguaje y la comprensión ordinaria de la técnica moderna, quizá al despejar la *obliteración* que genera la primera sobre el fenómeno del lenguaje, se despeje también el alcance de que la *esencia* de la técnica no sea nada técnico y podamos abordar lo que aparece en ese texto de Heidegger desde otro prisma que, quizá, ofrezca alguna luz interesante al problema.

En este orden, nótese que el presupuesto de la traducibilidad exhaustiva está enraizado en el problema de la *estructura* o el *sistema* y su *realización*, esto es, en la cuestión de la distinción entre *lengua* y *habla*. Este problema ya estaba en la tradición de pensamiento sobre el lenguaje, pero allí está formulado como la cuestión de cómo el “lenguaje” dice “el mundo”. En la lingüística que se viene desarrollando durante el siglo XX podemos observar un refinamiento

del problema que nos permite despejar la *obliteración* de la concepción moderna del lenguaje si atendemos a la deconstrucción de ese problema, de su propio refinamiento.

De un lado, ante el problema de tener que establecer rigurosamente los límites de su propio campo de estudio y, por tanto, de su *objeto* de estudio, la lingüística debe dar cuenta de sus entidades tal que no puedan ser subsumidas automáticamente por otra ciencia. El proceso por el cual la lingüística logra esto se encuentra en el *Curso* de Saussure como la formulación de los caracteres del signo lingüístico, a saber, la *arbitrariedad* y la *diferencia*. No vamos a recorrer esta discusión, simplemente voy a dejar señalado que en el carácter de *arbitrariedad* y *diferencia* del signo se encuentra, por un lado, el establecimiento de lo lingüístico, como la correspondencia biunívoca de los elementos del conjunto *significante* con los elementos del conjunto *significado*, frente a “todo lo demás” que necesariamente puede ser denominado a partir de ese momento como lo *extralingüístico*; y, por otro lado, que la ocurrencia de unos u otros signos (unas u otras correspondencias en cada caso biunívocas entre elementos de los conjuntos) solo *se debe* a la *diferencia* y el *diferimiento* de la ocurrencia de cualquier otro.

Decía que este era un lado porque aquí se asiste a un aspecto del refinamiento del problema metafísico entre la relación de algo así como el “lenguaje” frente al “mundo”, ambos como esferas separadas de lo ente, pues, como se aprecia de lo formulado, ahora esa diferenciación de esferas se expresa como “lo lingüístico” frente a “lo extralingüístico”. Esta expresión es resultado de que la lingüística se ve en la tesitura de reconocer que sus propias entidades dependen de formularlas en términos de *estructura*, es decir, que estas entidades no se identifican con nada “real” o “material” o “meramente positivo” de ellas, sino por lo *estructural* en ellas reconocible (la *arbitrariedad* y *diferencia*). El *signo lingüístico* es algo separado de cualquier otra entidad que no sea explicitable como *lingüística*, por ejemplo, una pierda o su caída, lo cual refina el problema metafísico, pero solo lo refina o, dicho de otro modo, lo hace estrictamente *formal*.

De otro lado, a resultas de tal fundamentación de las entidades *lingüísticas*, ocurre que hay que reconocer que el *uso* de una *lengua*, el *habla*, no puede ser en ningún caso la propia *estructura* (el *sistema lengua* concreto) y, sin embargo, como dijimos antes, es el único acceso científico, normativo, posible a la *estructura* misma; y aquí fue donde encontramos la “raíz” del presupuesto de traducibilidad exhaustiva. Ahora bien, ante todo lo que se

refiere al *uso de la lengua*, todo lo que refiere al *habla*, la lingüística termina reconociendo una suerte de estatuto propio, que unas veces se ha formulado en términos de “pragmática”, otras como “teoría del uso” y otras como los problemas de la “denotación” y la “connotación”, que pone en aprietos su propia constitución, pues ese estatuto propio siempre proviene de la necesidad ante la cual se ve el lingüista de terminar incluyendo en sus análisis (en sus *enunciados lingüísticos*) elementos que la lingüística ya había dejado fuera en su constitución, elementos *extralingüísticos*.

En esos momentos es cuando más se nota la *obliteración* que la concepción moderna del lenguaje genera y, al mismo tiempo, en esos mismos momentos atendemos, por un lado, a lo bien construidos que están los conceptos lingüísticos y, por otro lado, a cómo esa “buena” construcción es precisamente lo que, por así decir, los estrangula, los deconstruye. Pues bien, voy a fijarme en uno de los aspectos de esta deconstrucción.

Los elementos *extralingüísticos* que el lingüista profesional (o sea, el que no es un profano, el que reconoceríamos sin lugar a duda como lingüista) termina incluyendo en sus análisis, desde el momento en que están incluidos, debieran considerarse como elementos *lingüísticos*. Considerados así, debieran tener su lugar en la *estructura*. Teniendo lugar en la *estructura*, efectivamente, el que un *hablante* haya echado mano de alguno de ellos, por ejemplo, de un gesto, de un tono, una connotación o una denotación concreta, etc., tendría que reconocerse como *realización* de la *lengua* de ese *hablante*.

Mi uso del condicional debe hacerse valer en lo formulado, pues la cuestión es que todo eso *tendría que y debería considerarse* como lingüístico, pero, de hecho, todo ello forma parte de lo que hay que haber reconocido como no-lingüístico para poder reconocer lo *lingüístico*, para que se separe la esfera. Ante esto observemos dos cuestiones.

1) Que *hablar una lengua* comporta elementos que, *a priori*, tenían que haberse dejado fuera de lo lingüístico para que la fórmula “hablar una lengua” fuese lingüística.

2) Que el hecho de que esos elementos terminen incluidos en lo lingüístico pone de manifiesto que la frontera entre las esferas de lo lingüístico y lo extralingüístico ha quedado desdibujada, desde su propio establecimiento.

De ambas cuestiones podemos sacar alguna conclusión. Por de pronto, que “hablar una lengua”, dado lo dicho en 1), quiere decir *pertenecer* a unos

usos que no se reconocen de antemano como lingüísticos (o sea, que solo en el desarrollo de la ciencia terminan incluidos en ella), pero que son los que permiten, de hecho, diferenciar qué lengua habla uno. “Pertener” quiere decir aquí que uno siempre anda ya en esos *usos* y, por tanto, que la pertenencia a una *lengua*, el que alguien *hable una lengua*, parece ser “más” que lo que meramente pudiera parecer que quiere decir *realizar una estructura lengua*, esto es, que sea observable un *sistema lengua* en ello y, sin embargo, insisto, es ese supuesto “más” el que permite diferenciar qué *sistema hablamos*. Por consiguiente, al mismo tiempo, se revela que *pertenecer a una lengua, hablar una lengua*, quiere decir radicalmente *realizar una estructura*, o sea, estar íntegramente en una *estructura* que, dado lo dicho en 2), tiene un alcance más amplio que lo que en principio pareció formularse con “sistema lengua”.

Nótese que insisto en que “parece”, porque la cuestión es que la lingüística logra decir perfectamente que *hablar una lengua* es justamente *realizar una estructura*. Lo que se está revelando muy problemático es el alcance de “lengua” y “habla”. Y esto no porque alguien desde fuera ponga en aprietos a un lingüista, sino que ellos mismos terminan reconociendo que su campo de estudio tiene que abarcar “mucho más” de lo que parecía. Tampoco esto quiere decir que los lingüistas invadan ingenuamente el campo de estudio de otros (de los psicólogos, los antropólogos, los sociólogos, los neurólogos, etc.), sino que, por un lado, no tardarán en colaborar con esos otros campos – véase, por ejemplo, el caso de Jakobson (1974) –, y, por otro lado, no tendrán reparos en reconocer, al menos implícitamente, lo desdibujado de esas fronteras.

No nos interesa, de momento, criticar explícitamente a lingüistas, sino notar problemas que solo *críticamente* (esto es, desde la distancia, desde la *sképsis* o desde la *fenomenología-hermenéutica*) se pueden abordar y, concretamente, que si *hablar una lengua* es “más” que simplemente el que se reconozca ahí una gramática, entonces, *realizar una estructura* quizá sea también “más” y, por tanto, que si terminamos de entender ese “más” del *hablar una lengua*, quizá entendamos algo más de eso de *realizar una estructura*.

Pues bien, en Heidegger, con respecto al pertenecer a una lengua, que se habla una lengua, se suelen leer fórmulas que dicen que uno está en la morada del lenguaje, que uno ha respondido al lenguaje, etc. Se dice, asimismo, que la *esencia* del lenguaje está en la *diferencia* entre esta y aquella cosa, en que esa *diferencia*, ese *entre* tenga lugar y que, por ello mismo, la *lengua* o el *lenguaje habla* y que su *hablar* es un *sonoro silencio*. Todo esto se dice sobre la base de que una *lengua* se manifiesta en su *hablar*, pero que ese *hablar* no es en principio

nuestro, porque nosotros no “tenemos” el lenguaje, sino que es el lenguaje el que nos tiene a nosotros; somos nosotros los que hemos sido hospedados o alojados en esa morada que llamamos lenguaje y que es “del ser”, o sea, de lo que esta y aquella cosa *es*, pero no nuestra o solo nuestra en el sentido de que nosotros nos relacionamos con eso de que esta y aquella cosa sea *y*, en tal sentido, ello mismo nos acoge.

La manifestación de ese *hablar*, en la medida en que no es en principio nuestro, no está restringido por eso que antes llamamos lo lingüístico, sino que abarca “mucho más”. Heidegger nos dice que abarca la historia, el espacio de obra y decisión, etc., y a todo eso lo llama *mundo* (HEIDEGGER, 1981, p. 37-38). “Mundo” ahora no expresa lo “extralingüístico”, sino que es un modo de nombrar en qué sentido nosotros solo somos en la medida en que siempre tenemos entre manos un *proyecto*, o sea, que somos *cabe* las cosas, *cabe* los asuntos en los que estamos, que somos *proyecto*, etc.

Pues bien, este estar *cabe* las cosas, en los asuntos en los que estamos, etc., eso mismo es lo que significa que *respondamos* al *hablar del lenguaje* o de la *lengua* y lo que se puede decir de este *responder* es que, en cada caso, es alguno, digamos, concreto, diferenciable. Pues bien, esto implica que *la lengua que hablamos* es esa concreta *respuesta*, ese concreto *pertenecer al lenguaje* que, ahora debe formularse sin duda como *pertenecer a esa lengua*, que es a la que habremos respondido. Esta pertenencia tiene que estar trazada por el concreto modo como nos las habemos con las cosas, con el modo de ese *cabe* en el que siempre estamos (cf. HEIDEGGER, 1978, p. 203-280). Y este, ordinariamente, se había presentado mediado o en constante relación con máquinas, con tecnologías, etc. Pero ahora que hemos recorrido lo anterior, eso mismo no es a lo que decimos que *pertenecemos*, sino que decimos que *pertenecemos* a la *esencia*, a la *fenomenalidad* de eso. Y esa *esencia*, esa *fenomenalidad*, nos dice Heidegger, no está meramente en el aspecto mecánico (o, para nosotros, informático-virtual) de eso mismo, sino en el modo como esto manifiesta que todas las cosas se nos presentan como “existencias disponibles”, como *Bestand* (HEIDEGGER, 2000, p. 20-23). En la medida en que se trata de “todas las cosas”, o sea, todos los “asuntos”, todo aquello que puede ser *cabe* lo cual estemos, se pone de manifiesto aquí que ese *Bestand* refiere a *nuestro mundo*. Ahora bien, dado que con “mundo” ya no estamos tratando de hablar de aquello de lo “extralingüístico”, de una “esfera de lo ente”, ni siquiera de algo así como “todos los entes”, sino del modo como se da nuestro *modo de ser*, no diremos que nuestro *mundo* es meramente una acumulación de *Bestand*, sino

una *estructura* que se expresa como esa acumulación. Diremos, por tanto, que estamos en un *Ge-stell*, y que ese *Ge-stell* es el que puede ser llamado *técnico*, o *técnica moderna*, por las razones que Heidegger da en el texto *La pregunta por la técnica*.

Pues bien, dicho esto, lo que pretendo decir es que ese *Ge-stell* es la *lengua* que *hablamos* y que, por eso, para este *hablar* se le presenta el lenguaje inmediatamente como herramienta, medio para la comunicación y la información. ¿Qué quiere decir que el *Ge-stell* es el que consiste la técnica moderna sea la *lengua* que *hablamos*? ¿Qué consecuencias tiene?

3 LENGUA MODERNA Y GE-STELL

En primero lugar, quiere decir que allí donde el *mundo* en el que siempre ya estamos se revela precisamente como el de la *técnica moderna*, la lengua que de todas formas hablemos tendrá que ser acorde a ese *mundo*; la lengua será *moderna*. Ahora “moderna” añade a “lengua” todas aquellas características que antes nos han aparecido como los presupuestos de nuestra concepción del lenguaje y los presupuestos con los cuales trabaja la lingüística misma; una *lengua moderna* es aquella para la cual el modelo oracional es lo obvio, el punto de partida, el caso no marcado, que tiende a asumirse como expresable y conceptualizable en una gramática que, en último término, pretende ser expresión normativa universal, de modo que se presupone que en ella cabe comunicarse sin que quede nada atrás, es decir, tal que fuese posible una comunicación sin resto y, por consiguiente, una *traducción exhaustiva* entre la *lengua* (la *estructura*) y el *habla* (la *realización*) de modo que se precomprende que el *lenguaje* es una herramienta para la comunicación y que las distintas *hablas* (realizaciones de lenguas) son *traducibles exhaustivamente* entre sí. A su vez, esto quiere decir que cada “lengua moderna” es simplemente un caso, un modo particular de realización de *la lengua* y, por consiguiente, insisto, siempre *traducible* a los otros casos, incluso allí donde el lingüista o el traductor profesional reconocen los límites internos de su propia tarea; pues, de todas formas, reconocen esos límites sobre la base de este presupuesto y como aquello que llama la atención, que hay, por así decir, que demostrar.

Esto último tiene como consecuencia añadida que toda lengua que no sea capaz de ajustarse al modelo de *lengua moderna*, por un lado, tenderá a ser abandonada (a no utilizarse, ni a ser reconocido su uso como un uso en el cual es posible expresar aquello que cabe en discursos de validez, como los discursos

científicos y jurídicos) y, al mismo tiempo, a ser modificada u homologada, de modo que, o bien termine relegada al ámbito “doméstico” o se transforme lo suficiente como para ajustarse al modelo *moderno*.

Dado, por consiguiente, este proceso, que es consecuencia de que el *mundo* histórico en el que nos encontramos sea, efectivamente, el que Heidegger describe en sus textos, nosotros *hablamos* necesariamente *moderno*. Ahora bien, dado el carácter instrumental, el carácter *tecnológico* (por no confundirnos ahora volviendo a decir *técnico*) con el cual el *Ge-stell* integra a la *lengua*, al mismo tiempo, este *Ge-stell* *oblitera* que se comprenda el fenómeno de la *lengua* mismo, la *esencia* del lenguaje. Esta *obliteración* se expresa ahora como una suerte de expulsión. El *Ge-stell* “expulsa” cualquier otra comprensión del lenguaje que no sea la que se impone desde la propia expresión del *Ge-stell*.

Ocurre entonces que no se puede reconocer como *válido* lo que se pueda decir de la *esencia* del lenguaje y, sin embargo, esa misma *esencia*, eso mismo que se llega a poder decir (mediante los esfuerzos que se han mostrado, o sea, mediante los ejercicios de deconstrucción o fenomenológico-hermenéuticos sobre la propia lingüística, etc.) obliga a reconocer que no cabe en el *Ge-stell*, que el *Ge-stell* no puede funcionar si aquellos que pertenecemos a él reconocemos en el lenguaje otra cosa que una herramienta.

Esto nos pone en una encrucijada, pues, al mismo tiempo, lo que se está revelando es que para reconocer el *Ge-stell*, esto es, para aprender que pertenecemos a él, de algún modo, tenemos que ponernos en esa situación que genera que ello mismo no funcione, tenemos que *ponerlo en crisis* desde sí mismo; nunca, como estamos viendo, desde ninguna estancia exterior a la cual luego pudiéramos alegremente regresar, digamos, una vez abandonado el *Ge-stell* o algo así. Esto último, no, digo, porque la *puesta en crisis* del *Ge-stell* es desde dentro de ello mismo y porque, de todas formas, no hay otro *mundo* en el horizonte, no hay ningún exterior al *Ge-stell*, ninguna frontera que cruzar. Cabría preguntar, entonces, ¿a qué tanto esfuerzo?

Pues bien, todavía tratando de mencionar las consecuencias de que *hablar una lengua moderna es pertenecer al Ge-stell*, hay que decir que nuestro propio *hablar* está instalado en los presupuestos de la *lengua moderna* y que, precisamente por ello, en nuestro propio *hablar* esos mismos presupuestos se revelan como *presupuestos*, es decir, como “enunciados” o “formulaciones” que no pueden verificarse, que no pueden sancionarse como válidos y, por consiguiente, que al ser reconocidos *se deconstruyen*. ¿En qué sentido se nota

esta *deconstrucción* por lo que respecta a la traducibilidad exhaustiva y qué consecuencias tiene?

4 NOTAR LA *DECONSTRUCCIÓN* DE LA TRADUCIBILIDAD EXHAUSTIVA

El espacio de esta deconstrucción está allí donde más acuciante se presentan las palabras que decimos, allí donde *hablar* es más radical, donde más fuerza tiene, es decir, donde más evidente se hace que partimos del presupuesto de la traducibilidad exhaustiva, pero que es precisamente esa traducibilidad la que no se cumple. Este “lugar” es precisamente allí donde por primera vez ello mismo tuvo lugar, a saber, en el seno familiar, en el “escenario” de la primera *traducción*, la que se da cuando alguien en “rol” materno o paterno “traduce-interpreta” lo que el *infante* “(no-)dice” o, más bien, berrea, llora, gime, gesticula, etc.⁶ Allí, toda palabra sobrepasa no solo sus significaciones, sino también sus denotaciones y connotaciones, su pragmática y su performatividad. Hay, quizá, un referente, pero ni siquiera este aparece como algo susceptible de ser conceptualizado. Ese referente, por así decir, está allí mismo *presente*, tan presente que no cabe en ninguna regla, que no puede ser normativizado y que lejos de provocar lo inefable, provoca el “torrente de palabras” (incluso la verborrea), provoca que jamás se termine de “decir”, de “decirlo”, de *traducirlo*, es decir, de *interpretarlo*. Y ese referente es desde donde, de hecho, se “traduce-interpreta” en primer lugar al *infante*.

Esto lo notamos, no solamente en todas las escenas en las que unos “padres” le hablan a su *infante*, sino en todas esas posteriores en las cuales bastará una “palabra” (apenas, quizá, un saludo o una despedida), para que, por así decir “no haya palabras” para traducirla-interpretarla o, mejor dicho, para que siempre nos quedemos en la constante búsqueda de las “palabras” que la traducirían-interpretarían; en esas escenas, una “palabra” basta para encontrar el coraje para tomar una decisión o para que no haya coraje en el mundo que nos saque de un intenso dolor o de una desasosogante angustia⁷.

⁶ Derrida se ha ocupado de esta cuestión (véase, por ejemplo, DERRIDA, 1996), y con la misma fuerza puede verse en Lacan (por ejemplo, LACAN, 2001, p. 353-369). Agamben también se ha ocupado de ello (2001, especialmente, p. 41-66) y, por supuesto, la cuestión convoca el trabajo de Freud, que merecería una interpretación aparte. En cualquier caso, la discusión es con lingüistas como Chomsky (2015) o Jakobson (1974) y psicólogos evolutivos y del desarrollo como Tomasello (véase especialmente, 2005).

⁷ Véase, por ejemplo, lo que le dice Luis Ziemssen, a su hijo Joachim cuando vuelve al Berghof en *Der Zauberberg* (MANN, 1952, p. 634).

En el seno familiar, en lo “doméstico” (adonde quedan relegadas las lenguas que no se integran en lo *moderno*), es donde más acuciantemente se nota cómo el presupuesto de traducibilidad exhaustiva se deconstruye. Cabría analizar pormenorizadamente este seno y atender a las dinámicas internas que permiten hablar de él, a su vez, en términos de estructura, incluso notar, hasta qué punto, esto demuestra que nuestro “hogar” no es sino el *desarraigo*, la *intemperie* o la *falta de hogar*, que nuestro “regreso al hogar” no es sino el reconocimiento de su falta, de que el *hogar* mismo es lo *inquietante* (*das Unheimliche*). Sin embargo, vamos a dejar estas cuestiones al margen para tratar de sacar alguna consecuencia de todo ello y dar una conclusión a este trabajo.

CONSIDERACIONES FINALES

Pues bien, nótese que esa deconstrucción no refuta el presupuesto, ni siquiera genera que lo abandonemos. El presupuesto tiene que seguir vigente para notar en qué sentido se deconstruye y una vez notado no se sale de él ni quedamos instalados en un “lenguaje tradicional” o “natural” que implicara no valernos del “lenguaje de la información” que representara el “hogar” mismo, etc. De hecho, lo que ocurre es que empezamos a interpretar nuestro propio *hablar una lengua* como el haber llegado a ser *traducidos* a esa lengua y, por consiguiente, empezamos a entender ese *hablar* precisamente desde el presupuesto, esto es, asumiéndolo, reconociéndolo, soportándolo.

Esto no es gratuito y sí puede tener efectos respecto a cómo nos enfrentamos cotidianamente al problema del lenguaje —y ahora vamos a poder responder a la pregunta acerca de a qué tanto esfuerzo—. Por de pronto, porque a partir de esta argumentación, podemos dejar de pensar que “aprendemos” nuestra lengua materna o que la “adquirimos” y, por consiguiente, podemos dejar de representarnos el lenguaje meramente como una cosa. Con esto, insisto, no se abandona la concepción que lo toma de este modo, pero sí se da un primer paso para prepararnos para asumirla *críticamente*; y ello hace que merezca (o haya merecido) la pena el esfuerzo.

MORENO TIRADO, G. Language and Technique from Heidegger: the presupposition of Exhaustive Interlinguistic Translatability. *Trans/form/ação*, Marília, v. 44, p. 75-96, 2021. Dossier Técnica.

ABSTRACT: This paper exposes the connection between the modern or metaphysical conception of language and the essence of language from Heideggerian philosophy with mechanised, ordinary or instrumental technique and the essence of modern technique, that is, the belonging between both phenomena (in the ordinary aspect of both) and the exclusion or crisis that one generates in the other and vice versa. This putting into crisis will be observed where the essence of language cannot be internalised to its ultimate consequences by the essence of technique, and that same essence of language causes the essence of technique to break down and, therefore, illuminate where only technology is observed. To this end, we will question the presupposition of exhaustive interlinguistic translatability or of communicability without remainder, inherent in the modern and metaphysical conception of language.

Keywords: Language. Modern technique. Exhaustive interlinguistic translatability. Linguistics. Heidegger.

REFERÊNCIAS

AGAMBEN, G. **Infanzia e storia**. Distruzione dell'esperienza e origine della storia. Nuova edizione accresciuta. Torino: Giulio Einaudi, 2001.

BORGES-DUARTE, I. La tesis heideggeriana acerca de la técnica. *In: SEMINARIO DE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA*, 1993. **Anales [...]**, v. 10, 1993, p. 121-156.

BORGES-DUARTE, I. A tradução como fenomenologia: o caso Heidegger. *In: BORGES-DUARTE, I. HENRIQUES, F.; I. MATOS DIAS, I. (org.). Heidegger, Linguagem e Tradução*. Colóquio Internacional, mar. 2002. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2004. p. 447-459.

BORGES-DUARTE, I. **Arte e Técnica em Heidegger**. Rio de Janeiro: Via Verita, 2019.

COSERIU, E. **Teoría del lenguaje y lingüística general**. Cinco estudios. Madrid: Gredos, 1962.

CHOMSKY, N. **Aspects of the Theory of Syntax** (1965). Cambridge, Massachusetts, London: M.I.T. Press, 2015.

DE GENNARO, I. Heidegger on Translation – Translation Heidegger. **Phänomenologische Forschungen**, v. 5, p. 3-22, 2000.

DE GENNARO, I. Geschichte und Historie: Ein Bericht aus der Übersetzungswerkstatt. In: BORGES-DUARTE, I. HENRIQUES, F.; I. MATOS DIAS, I. (org.). **Heidegger, Linguagem e Tradução**. Colóquio Internacional, mar. 2002. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2004. p. 481-503.

DE GENNARO, I.; SCHALOW, F. Translation, Tradition, and the Other Onset of Thinking. **Heidegger Studien**, v. 26, p. 97-124, 2010.

DERRIDA, J. **De la grammatologie**. Paris: Éditions de Minuit, 1967.

DERRIDA, J. **Le monolinguisme de l'autre**. Paris: Gallimard, 1996.

DE SAUSSURE, F. **Cours de linguistique général**. Publié par Charles Bally et Albert Séchehaye avec la collaboration de Albert Riedlinger (1916). Édition critique préparée par Tullio de Mauro (trad. Louis-Jean Calvet). Postface de Louis-Jean Calvet. Paris: Payot & Rivages, 2005.

DO ESPÍRITO SANTO, A.; BEATO, J.; PIMENTEL, M. C. Se os corações se puderam traduzir: As *Confissões* de Agostinho, uma experiência de tradução. In: BORGES-DUARTE, I. HENRIQUES, F.; I. MATOS DIAS, I. (org.). **Heidegger, Linguagem e Tradução**. Colóquio Internacional, mar. 2002. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2004. p. 189-194.

EMAD, P. **Translation and Interpretation: Learning from Beiträge**. Introduction by Frank Schalow. Bucharest: Zeta Books, 2012.

HEIDEGGER, M. **Sein und Zeit**. Tübingen: Max Niemeyer, 1967.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 9, Wegmarken**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1976.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 5, Holzwege**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1977.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 26, Metaphysische Anfangsgründe der Logik im Ausgang von Leibniz**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1978.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 4, Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1981.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 53, Hölderlins Hymne "Der Ister"**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1984.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 12, Unterwegs zur Sprache**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1985.

HEIDEGGER, M. **Gesamtausgabe, Bd. 7, Vorträge und Aufsätze**. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 2000.

HJELMSLEV, L. **Prolegómenos para una teoría del lenguaje**. Madrid: Gredos, 1971.

JAKOBSON, R. **Lenguaje infantil y afasia**. Madrid: Ayuso, 1974.

- KOLLER, W. **Einführung in die Übersetzungswissenschaft**. Heidelberg: Quelle und Meyer, 1979.
- KOVACS, G. Heidegger in Dialogue with Herder: Crossing the Language of Metaphysics toward Be-ing-historical Language. **Heidegger Studien**, v. 17, p. 45-63, 2001.
- KOVACS, G. Heidegger's Insight into the History of Language. **Heidegger Studien**, v. 29, p. 121-132, 2013.
- KOVACS, G. Caring for Language in Translating and Interpreting. Heidegger's *Beiträge zur Philosophie (Vom Ereignis)*. **Heidegger Studien**, v. 30, p. 131-157, 2014.
- KOVACS, G. Logic, language, and History in Heidegger. **Heidegger Studien**, v. 34, p. 99-119, 2018.
- LACAN, J. **Le Séminaire de Jacques Lacan**. Texte Établi par Jacques-Alain Miller. Livre VIII. Le Transfert. 1960-1961. Paris: Éditions du Seuil, 2001.
- MANN, T. **Der Zauberberg** (1924). Berlin: Fischer, 1952.
- MORENO TIRADO, G. **El allanamiento del lenguaje**. Un estudio a partir de la obra de M. Heidegger. 2019, 516p. Tese (Filosofía) – Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filosofía, Departamento de Lógica y Filosofía Teórica, Madrid, 2019.
- MOUNIN, G. **Les problèmes théoriques de la traduction**. Paris: Gallimard, 1963.
- RODRÍGUEZ, R. **La transformación hermenéutica de la fenomenología**. Una interpretación de la obra temprana de Heidegger. Madrid: Tecnos, 1997.
- SALLIS, J. Heidegger como traductor. Trad. de Mercedes Sarabia. **Sileno**, v. 11, p. 75-79, 2001.
- SALLIS, J. **On Translation**. Bloomington: Indiana University Press, 2002.
- SALLIS, J. Sobre a tradução: de Platão a Heidegger. In: BORGES-DUARTE, I. HENRIQUES, F.; I. MATOS DIAS, I. (org.). **Heidegger, Linguagem e Tradução**. Colóquio Internacional, mar. 2002. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2004. p. 171-180.
- SAPIR, E. **Language: An Introduction to Study of Speech** [1921]. London: Rupert Hart David, 1949.
- SCHALOW, F. Freedom, Truth, and Responsibility: A Critical Look at the Recent Translation of the *Gesamtausgabe*. **Heidegger Studien**, v. 23, p. 95-111, 2007.
- SCHÜSSLER, I. Le langage comme “fonds disponible” (*Bestand*) et comme “événement-appropriement” (*Ereignis*) selon Martin Heidegger. In: BORGES-DUARTE, I. HENRIQUES, F.; I. MATOS DIAS, I. (org.). **Heidegger, Linguagem e Tradução**. Colóquio Internacional, mar. 2002. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2004. p. 333-355.

SCHÜSSLER, I. Le langage comme “fonds disponible” et comme “énement-appropriement”. **Heidegger Studien**, v. 22, p. 71-92, 2006.

TOMASELLO, M. **Constructing a Language**. A language Used-Based theory of Language Acquisition. Cambridge, Massachusetts and London, England: Harvard University Press, 2005.

TOMASELLO, M. **Origin of human communication**. Cambridge, Massachusetts and London, England: The MIT Press, 2008.

VILLAVARDE LÓPEZ, G. Consideraciones en torno a la noción de estructura y la época moderna. In: LEYTE, A. **La historia de la nada**. 14 ensayos a partir del pensamiento de Felipe Martínez Marzoa. Madrid: La Oficina, 2017. p. 109-134.

Recibido: 08/01/2021

Accito: 10/02/2021